



Aristoteles
y
Dante
descubren
los
secretos
del
Universo



BENJAMIN ALIRE SÁENZ

GANADOR DEL PREMIO
PEN/FAULKNER DE FICCIÓN

 Planeta

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

Aristoteles
y
Dante
descubren
los
secretos
del
UNIVERSO

Uno

Una noche de verano me quedé dormido con la esperanza de que el mundo sería otro cuando despertara. En la mañana, cuando abrí los ojos, el mundo era el mismo. Me quité las sábanas de encima y me quedé acostado mientras el calor se filtraba por mi ventana abierta.

Mi mano alcanzó el dial de la radio. Tocaban «Alone». Mierda; «Alone»; una canción de un grupo llamado Heart. No era mi canción favorita. No era mi banda favorita. No era mi tema favorito. «*You don't know how long...*»

Tenía quince años.

Estaba aburrido.

Me sentía miserable.

Si por mí fuera, el sol podría haberle derretido todo el azul al cielo. Así el cielo podría sentirse tan miserable como yo.

El DJ estaba diciendo cosas fastidiosas y obvias como: «¡Ya es verano! ¡Qué calor hace afuera!». Y luego ponía esa grabación retro de *El Llanero Solitario*, algo que le gustaba poner todas las mañanas porque pensaba que era una manera genial de despertar al mundo. «¡Hi-Yo, Silver!». ¿Quién contrató a este tipo? Me estaba matando. Creo que se suponía que mientras escuchábamos la «Obertura» de *Guillermo Tell*, debíamos imaginar al Llanero Solitario y a Toro cabalgando por el desierto con sus caballos. Quizás alguien le debería de haber dicho al tipo que ya no teníamos diez años. «¡Hi-Yo, Silver!». Mierda. La voz del DJ estaba al aire otra vez: «¡Despierta, El Paso! ¡Es lunes 15 de junio de 1987!

¡1987! ¿Lo pueden creer? ¡Y hoy mandamos muchas felicitaciones a Waylon Jennings, quien cumple cincuenta años!». ¿Waylon Jennings? ¡Era una estación de rock, maldita sea! Pero entonces dijo algo que sugería que quizá tenía un cerebro. Contó la historia de cómo Waylon Jennings sobrevivió al choque de avión que mató a Buddy Holly y a Richie Valens. Mientras decía eso, puso la versión de «La bamba» de Los Lobos.

«La bamba». Con esa me las podía ingeniar.

Golpeé mis pies descalzos contra el piso de madera. Mientras seguía el ritmo con el movimiento de mi cabeza, me empecé a preguntar qué había pasado por la mente de Richie Valens antes de que el avión se estrellara contra el despiadado suelo. «¡Oye, Buddy! Se acabó la música».

Que la música se acabe tan pronto. Que la música se acabe tan pronto cuando apenas comenzó. Qué cosa tan triste.

Dos

Entré a la cocina. Mi mamá preparaba el almuerzo para una reunión con sus amigas-de-la-iglesia. Me serví un vaso de jugo de naranja.

Mi mamá me sonrió.

—¿Vamos a dar los buenos días?

—Lo estoy pensando —dije.

—Bueno, por lo menos lograste levantarte de la cama.

—Lo tuve que pensar un buen rato.

—¿Qué pasa con los niños y el sueño?

—Nos llevamos bien. —Eso la hizo reír—. De todos modos, no estaba durmiendo. Estaba escuchando «La bamba».

—Richie Valens —dijo casi murmurando—. Tan triste.

—Igual que tu Patsy Cline.

Asintió. A veces la encontraba cantando esa canción, «Crazy», y sonreía. Y ella sonreía. Era como si compartiéramos un secreto. Mi mamá. Tenía linda voz.

—Los accidentes aéreos —murmuraba mi madre. Creo que hablaba más sola que conmigo.

—Richie Valens habrá muerto joven... pero hizo algo. O sea, *de verdad hizo algo*. ¿Y yo? ¿Yo qué he hecho?

—Tienes tiempo —dijo—. Hay mucho tiempo.

La eterna optimista.

—Pero primero hay que volverse persona —dije.

Me miró con extrañeza.

—Tengo quince años.

—Sé cuántos años tienes.

—Los quinceañeros no contamos como gente.

Mi mamá se rio. Era maestra de secundaria. Yo sabía que estaba más o menos de acuerdo conmigo.

—¿Y de qué se trata la gran reunión?

—Estamos reorganizando el banco de alimentos.

—¿Banco de alimentos?

—Todos deben comer.

A mi mamá le apasionaban los pobres. Lo había vivido. Sabía cosas sobre el hambre que yo nunca conocería.

—Sí —dije—. Supongo.

—¿Quizá nos puedas ayudar?

—Claro —dije. Odiaba que me ofrecieran de voluntario. El problema con mi vida era que se le había ocurrido a alguien más.

—¿Qué vas a hacer hoy? —sonaba como un desafío.

—No me voy a ir con una pandilla.

—No es gracioso.

—Soy mexicano. ¿No es lo que hacemos?

—No es gracioso.

—No es gracioso —dije—. Va, no es gracioso.

Me dieron ganas de salir de casa. No es que tuviera algún lugar adónde ir.

Cuando mi mamá invitaba a sus amigas-de-la-iglesia, sentía como que me sofocaba. No era tanto que todas sus amigas tuvieran más de cincuenta años; no se trataba de eso. Ni siquiera todos los comentarios sobre cómo me estaba volviendo hombre frente a sus ojos. O sea, reconocía las tonterías cuando las escuchaba. Y en cuanto a las tonterías, estas eran del tipo lindo, inocuo, cariñoso. Podía tolerar que me tomaran por los hombros y me dijeran: «Déjame verte. Déjame ver. Ay, qué muchacho tan lindo. Te pareces a tu papá». No porque hubiera mucho que ver. Sólo era yo. Y sí, sí, me parecía a mi papá. No sentía que fuera algo tan grandioso.

Pero lo que de verdad me sacaba de quicio era que mi mamá tenía más amigos que yo. ¿Así o más patético?

Decidí ir a nadar a la piscina de Memorial Park. Era una pequeña ocurrencia. Pero al menos era mía.

Cuando estaba saliendo por la puerta, mi mamá tomó la toalla vieja que me había puesto al hombro y la cambió por una mejor. En el mundo de mi madre había ciertas reglas relacionadas con las toallas que yo simplemente no entendía. Pero las reglas no paraban en las toallas.

Miró mi camiseta.

Reconocía una mirada de desaprobación cuando la veía. Antes de que me obligara a cambiarme, le lancé una de mis propias miradas.

—Es mi camiseta favorita —le dije.

—¿No la usaste ayer?

—Sí —le dije—. Es Carlos Santana.

—Sé quién es —me dijo.

—Papá me la regaló para mi cumpleaños.

—Si mal no recuerdo, no parecías tan entusiasmado cuando abriste el regalo de papá.

—Esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa?

—No sé. Otra cosa. ¿Una camiseta para mi cumpleaños?

—Miré a mamá—. Supongo que simplemente no lo entiendo.

—No es tan complicado, Ari.

—No habla.

—A veces, cuando la gente habla, no siempre dice la verdad.

—Supongo —le dije—. En fin, ahora me encanta esta camiseta.

—Se nota. —Estaba sonriendo.

También yo estaba sonriendo.

—Papá la consiguió en su primer concierto.

—Yo estaba ahí. Lo recuerdo. Está vieja y andrajosa.

—Soy sentimental.

—Sí, cómo no.

—Mamá, es verano.

—Sí —dijo—, sí es verano.

—Otras reglas —le dije.

—Otras reglas —repitió.

Me encantaban las otras reglas del verano. Mi madre las toleraba.

Extendió su mano y pasó sus dedos por mi pelo.

—Prométeme que no te la pondrás mañana.

—Está bien —le dije—. Lo prometo. Pero sólo si me prometes que no las vas a meter a la secadora.

—Puede ser que deje que la laves tú solo —me sonrió—. No te ahogues.

Le devolví la sonrisa.

—Si me ahogo, no regales a mi perro.

Lo del perro era broma. No teníamos uno.

Mi mamá. Ella entendía mi sentido del humor. Yo entendía el suyo. Éramos buenos en ese sentido. No es que no fuera misteriosa de alguna manera. Algo que yo entendía *por completo*: entendía por qué mi papá se enamoró de ella. Por qué ella se enamoró de mi padre era algo que todavía no me cabía en la cabeza. Una vez, cuando tenía como seis o siete años, estaba superenojado con mi papá porque quería que jugara conmigo y él parecía tan distante. Era como si yo ni siquiera estuviera ahí. Le pregunté a mi mamá con toda mi rabia de niño: «¿Cómo te pudiste casar con ese tipo?».

Me sonrió y pasó sus dedos por mi pelo. Eso siempre fue lo suyo. Me miró directamente a los ojos y me dijo con calma: «Tu padre era hermoso». Ni siquiera lo dudó.

Quería preguntarle qué le había pasado a toda esa belleza.

Tres

Cuando salí hacia el calor del día, hasta las lagartijas sabían que no había que estar reptando por ahí. Los parches alquitranados en las grietas de la calle se derretían. El azul del cielo era pálido y se me ocurrió que quizá todos habían escapado de la ciudad y su calor. O quizá todos murieron como en una de esas películas de ciencia ficción, y yo era el último chico en la Tierra. Pero justo cuando me pasó esa idea por la cabeza, una banda de tipos que vivían en el barrio pasó junto a mí en sus bicis, haciéndome desear que *sí* fuera el último chico sobre la Tierra. Se reían y mataban el tiempo y parecía que lo estaban pasando muy bien. Uno de los tipos me gritó:

—¡Oye, Mendoza! ¿Estás pasando un rato con todos tus amigos?

Los saludé con la mano, fingiendo tomarlo con espíritu deportivo, *ja, ja, ja*. Y luego les hice un gesto obsceno.

Uno de los tipos se detuvo, se volteó y comenzó a girar alrededor de mí en su bicicleta.

—¿Quieres volver a hacer eso? —preguntó.

Le volví a hacer el gesto.

Detuvo su bicicleta justo frente a mí y trató de sostener mi mirada.

No funcionó. Yo sabía quién era. Su hermano, Javier, se había metido conmigo una vez. Le di una paliza. Enemigos de por vida. No me arrepentía. Sí, bueno, era irascible. Lo admito.

Puso voz de malo. Como si me asustara.

—No te metas conmigo, Mendoza.

Le volví a hacer un gesto obsceno y le apunté el dedo a la cara como si fuera una pistola. Salió disparado en su bici. Muchas cosas me daban miedo, pero no los tipos como él.

La mayoría de los chicos no se meten conmigo. Ni siquiera los tipos que daban la vuelta en jaurías. Me volvieron a pasar en sus bicis, gritándome cosas. Todos tenían trece y catorce años, y meterse con tipos como yo sólo era un juego para ellos. Mientras se desvanecían sus voces, comencé a sentir lástima por mí mismo.

Sentir lástima por mí mismo era todo un arte. Creo que a una parte de mí le gustaba hacer eso. Quizá tenía algo que ver con mi orden de nacimiento. Creo que eso tenía que ver, ¿sabes? No me gustaba el hecho de ser un pseudohijo único. No sabía de qué otra manera considerarme. Era hijo único sin serlo en realidad. Eso apestaba.

Mis hermanas gemelas me llevaban doce años. Doce años era toda una vida. Lo juro que lo era. Y siempre me habían hecho sentir como un bebé, o un juguete, o un proyecto, o una mascota. De verdad me gustan los perros, pero a veces me daba la sensación de sólo ser la mascota del equipo. Es decir, esa palabra que se refiere a los animales que sirven de compañía a la familia. *Mascota*. Estupendo. Ari, la mascota de la familia.

Y mi hermano era once años mayor que yo. Era incluso menos accesible para mí que mis hermanas. Ni siquiera podía mencionar su nombre. ¿A quién demonios le gusta hablar de sus hermanos mayores que están en la cárcel? No a mi mamá ni a mi papá, sin duda. Tampoco a mis hermanas.

Quizá todo ese silencio sobre mi hermano me hizo algo. Creo que lo hacía. No hablar puede hacer que un chico se vuelva bastante solitario.

Mis papás eran jóvenes y apenas se mantenían a flote cuando nacieron mis hermanas y mi hermano. «Mantenerse a flote» era la expresión favorita de mis padres. En algún momento, después de tener tres hijos y tratar de terminar la universidad, mi papá se unió a la infantería de Marina. Y luego se fue a la guerra.

La guerra lo cambió.

Yo nací cuando volvió a casa.

A veces pienso que mi papá tiene un montón de cicatrices. En su corazón. En su cabeza. Por todos lados. No es cosa fácil ser hijo de un hombre que se fue a la guerra. Cuando tenía ocho años, escuché a mi mamá hablar con mi tía Ofelia por teléfono. «Creo que la guerra no terminará jamás para él». Después le pregunté a mi tía Ofelia si eso era cierto.

—Sí —dijo—. Es cierto.

—¿Pero por qué la guerra no deja en paz a mi papá?

—Porque tu papá tiene una conciencia —dijo.

—¿Qué le pasó en la guerra?

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué no lo cuenta?

—Porque no puede.

Así que así era. Cuando tenía ocho años, no sabía nada sobre la guerra. Ni siquiera sabía lo que era una conciencia. Lo único que sabía era que a veces mi papá estaba triste. Odiaba que estuviera triste. Me hacía sentir triste también. No me gustaba lo triste.

Así que era el hijo de un hombre que tenía a Vietnam viviendo dentro de él. Sí, tenía todo tipo de razones trágicas para sentir lástima por mí mismo. Tener quince años no ayudaba. A veces pensaba que tener quince años era la peor tragedia de todas.